



CAMINANTE DE MUNDOS

VOLUNTAD Y PODER II

Rubén Adelantado Turlo

CAMINANTE DE MUNDOS

VOLUNTAD Y PODER II



Primera edición: noviembre de 2022
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Rubén Adelantado Turlo

ISBN: 978-84-19595-04-1
ISBN digital: 978-84-19595-05-8
Depósito legal: M-26959-2022

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Macbeth: Hablad, si es que podéis. ¿Quiénes sois?
Bruja primera: ¡Salve, Macbeth! ¡Señor de Glamis, salve!
Bruja segunda: ¡Salve, Macbeth! ¡Señor de Glamis, salve!
Bruja tercera: ¡Salve, Macbeth! ¡Salve a ti, que serás rey!

MACBETH, WILLIAM SHAKESPEARE

*El fresno Yggdrasill, el viejo, tiembla, gime el gran árbol, y
el gigante se suelta; tiemblan todos por la senda de Hel, que el
partiente de Surtr luego devora.*

VERSO 47, EDDA MAYOR.

ESPADA LLENA DE SANGRE

El tiempo parecía hundirse sobre su mismo cuerpo a cada segundo que pasaba, de los cuales no tenía noción debido a la nada de aquel sombrío lugar. Delante de él se erguía la figura alta, imponente y estoica de lo que hasta no hace mucho tiempo había tomado por un mito en camino de la extinción. Pero nada era más real para él en ese momento que aquella mujer y la criatura que yacía ahora dormida detrás de ella.

Und, una de las Ren, protectora del Dronna, señora de los Doroz, segadora de vidas. Wolth recordó unas palabras que había leído de aquel libro que utilizara para poder conocer el alcance de algo inabarcable para su mente. El texto decía algo como:

Und, hundida entre los mundos que se abren tras las puertas que las ramas tejen. Vida dentro de muerte que convierte todo lo que ha llegado a su fin en un nuevo comienzo. Si la vida nació del árbol y la muerte se desarrolló con la llegada de los seres como los Ren, Und se muestra en todo su esplendor dentro del reino de los que ya han llegado al final de su camino.

En esos momentos es todo lo que pudo recordar. Era como si aquellas palabras hubiesen llegado a su mente sin que él pudiera hacer nada para evitarlo. Podía ver claramente la hoja, cuyo color había quedado deteriorado a causa del tiempo, y dentro de ella, palabras escritas con un estilo distinto a los libros que él solía leer. Las letras se alargaban y aplanaban, lo que le daba al libro un aspecto incluso más desconcertante.

Y mientras pensaba en todo esto y su mente divagaba, una sensación de miedo e ira nació en él, muy dentro y muy fuerte. Escon-

dida para aflorar con el tiempo. Ya no sentía el calor ni la humedad como al subir la ladera de la montaña siguiendo a aquella criatura asquerosa. Ahora tenía frío. Un frío que comenzaba a clavarse dentro de él hasta llegar donde guardaba el miedo y la ira.

Las últimas palabras de Und le habían desconcertado. Siempre se mostraba confiado en que todo lo que estaba a punto de suceder ocurriría de manera que él pudiera continuar vivo y sosteniendo el poder que ahora poseía. Siempre se repetía que le necesitaban para su causa. Pero en realidad, cada vez que se escuchaba decir eso, otra voz se alzaba haciéndole ver que no tenía sentido. Ellos podrían matarle como si no fuera más que un simple gusano. Y nunca había estado más seguro de que no tenía otra función que la de morir para dejar paso a otro poder más grande que cuando vio a aquella criatura de ojos finos y piel coriácea sobre aquella armadura de huesos salir de debajo de la tierra. Y una vez se presentó la voz y figura de la misma muerte delante de él, vio como su futuro se desvanecía, solo abriendo sendas llenas de sombras. Había dejado escapar a la niña, y a su ya viejo amigo con ella.

Pero entonces, Und dijo aquellas palabras: «por eso estás aquí, para allanar nuestro camino de vuelta». Tras escuchar esto, las dudas surgieron dentro de él.

Después de aquellas últimas palabras ninguno de los dos había vuelto a decir nada. La atmósfera que les rodeaba no les otorgaba más que silencio, todo sonido parecía estar ahogado sobre el mar de la muerte, cuyo líquido emitía los vapores que ahora hacían presa de los alrededores. Porque una vez ella apareció, aquel humo parecía haberse acelerado, convirtiendo lo que para Wolth era el cielo en cualquier día de lluvia en el lugar de los vivos.

Wolth se encontraba arrodillado con la mirada llena de miedo y duda sobre todo lo que le rodeaba, fijándose finalmente en ella. La mujer que parecía tener la respuesta de lo que sería su futuro.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Wolth levantando la cabeza y poniendo los ojos sobre los de ella, tratando de mostrar algo de orgullo.

—No se trata de querer, sino de necesitar. Por eso estás aquí; no era nuestra voluntad la de traerte, pero las circunstancias no siempre se suceden de forma que podamos actuar de la manera que más nos placería. Son las acciones individuales, que chocan y convergen con las de los demás, las que forman ese conjunto de sucesos cuyo fin puede no ser el más querido para uno mismo — las palabras de Und iban acompañadas de una mirada plana y un tono serio que le produjo a Wolth una sensación de realidad como nunca había sentido—. Estás en el Dronna, lugar que creías irreal, junto a Und, vida nunca existida. —Und se acercó lentamente, con cuidado, como si delante tuviera a un animal que nunca hubiera visto un humano y que al mínimo movimiento brusco saldría huyendo. Se agachó hasta ponerse a la altura de sus ojos, y pasó una mano por todo su rostro, desde el pelo hasta la barbilla, como si fuera ciega—. Y, aun así, puedes notar como mi mano repasa cada poro de tu piel.

Wolth sintió alivio nada más aquella mano se posó sobre su cabello para luego deslizarse sobre el paso que realizaban las lágrimas. Hubo un momento en el que la mano de Und, suave y cálida, cayó sobre sus labios, haciendo que la boca se entreabriera de una forma sutil, la cual Wolth no pudo volver a mover, quedando así en un aspecto incluso más estúpido del que ya creía tener.

—Aunque no lo creas, sigo vuestros pasos, vuestras conversaciones, vuestras ideas —continuó Und—. Sé todo lo que hacéis, y por eso tu existencia no nos ha pasado por alto. Tiempo atrás iniciamos algo que todavía hoy no podemos dar por finalizado, y por eso de nuestro interés en vosotros. Queda poco, ella no tardará en conocer más de él, y por eso mandé a uno de mis hijos a por ti.

Und se levantó, dejando a Wolth con el mismo gesto de desconcierto.

—No... no entiendo nada de esto. Desconozco de lo que me hablas y no puedo más que postrarme a tus pies para que muestres misericordia conmigo —dijo poniendo su cara contra el suelo mientras cerraba los ojos.

Und levantó las cejas en un gesto de sorpresa. Luego, mientras Wolth continuaba con los ojos cerrados, empezó a reírse tenuemente. Una risa sutil, pero continua. Wolth quedó asombrado, pero no tuvo valor para levantar la cabeza. Confiaba en que aquella decisión fuese la mejor. La risa de Und comenzó a crecer hasta convertirse en una carcajada sonora y extendida. Wolth soportaba la mirada sobre el suelo y notaba como las gotas de sudor comenzaban a acumularse sobre su sien para luego caer poco a poco sobre su nariz, convirtiendo esta en un carámbano de hielo que cede su agua sobre el suelo.

Cuando la risa se detuvo, el silencio volvió a apoderarse del ambiente.

—Levanta tu cuerpo del suelo —dijo Und con agresividad—. ¿Crees de verdad que si necesitara que alguien se arrodillara ante mí te habría hecho llamar?

El tono de voz ascendía según lo hacía la misma agresividad. Una vez Wolth levantó su cuerpo, vio sangre en la mirada de ella. El color de sus ojos había cambiado a un escarlata tan intenso como si ella misma hubiera dejado entrar la sangre que circulaba por su cuerpo en el iris. *¿Pero tienen la misma sangre que nosotros? ¿Acaso tienen sangre?*

Entonces se dio cuenta de que no solo ella había cambiado. Todo lo que había a su alrededor presentaba algo distinto. Un tono lúgubre y sádico se había apoderado del ambiente.

—Creo que no has llegado a entender ni siquiera una pequeña parte de lo que soy —dijo Und.

De pronto, un sonido grave y profundo se levantó detrás de ella. La criatura que había abierto el suelo bajo sus pies se había despertado. Su cuerpo se levantó con furia y sigilo, como si de un felino cazando se tratara. Sus patas se movían al compás de un cuerpo ágil. Las uñas se arrastraban sobre la tierra, dejando surcos por donde pasaban.

—No necesito de tus sucias súplicas. No busco vidas que me rindan tributo por el miedo que las acompaña. No te llamo porque

seas algo que precise para vivir. Y para que entiendas parte de todo esto, te mostraré lo que de verdad soy.

Y acabadas estas palabras, Und levantó su brazo, encarando su palma hacia el Berkong, que mantenía el hocico detrás de ella, mostrando ligeramente sus incisivos. Adoptó sus dedos de forma que dos de ellos quedaron levantados. El Berkong aumentó su agresividad y abrió la boca delante de ellos dos emitiendo un rugido que hizo retroceder a Wolth. Cuando Und bajó aquellos dos dedos, la mandíbula de la bestia se echó sobre ellos, cerrándose y sumiéndolo todo en la oscuridad.

Cuando la luz volvió, estaba dentro de una tienda de campaña. Su pulso estaba acelerado y a los pocos segundos recordó lo último que le había pasado.

—Otra vez no. ¡Mierda! —gritó a la vez que golpeaba el lecho en el que había despertado.

Primero aquel cráneo, luego desnudo delante de esa mujer y su bicho; y ahora esto.

Miró a su alrededor para poder identificar el lugar al que lo habían mandado. Estaba en el interior de una tienda que le sonaba mucho. Como si ya hubiera estado en ella mucho tiempo atrás. De pronto se dio cuenta de los gritos que llegaban desde fuera. Parecían ser voces que alarmaban sobre algún peligro que acompañaba al ruido de las armaduras, escudos y espadas.

—¡Se acercan! —dijo una de las pocas voces que pudo distinguir entre los gritos.

Tardó unos instantes en poder procesar toda aquella información hasta concluir que lo mejor era salir a comprobar donde estaba. Y se sorprendió aún más cuando vio que ya llevaba la armadura puesta. Solo le faltaba la espada, la cual vio al instante nada más revisó la tienda. Se levantó y se acercó hacia ella rápidamente. Ahora podía ver su funda, plateada y bruñida hasta brillar como la estrella más rutilante del firmamento. De ella nacía una empuñadura en forma de serpiente que se enroscaba sobre

lo que parecía ser un rostro sombrío, perdido en la locura de la atadura.

No puede ser.

Aquella espada que tanto había visto, justo encima de la chimenea, la cual podía pasar horas admirando debido a su acabado tan bello. Recordaba como su padre le había explicado que aquella espada había pertenecido a su hermano, miembro importante de los ejércitos de Deriamdur. Se perdía entre las imágenes del campo de batalla en el que su hermano era siempre el legendario soldado que determinaba las batallas; o eso es lo que escuchaba cada vez que su padre le hablaba de él.

Sorth, hermano de Wolth, había muerto cuando él no era más que un niño. No recordaba prácticamente nada de su él. Lo único que le había quedado de él era aquella figura borrosa y alta que se le presentaba cuando trataba de imaginárselo. Los relatos de guerra sobre su hermano eran esplendorosos, como cuando derribó la muralla de escudos de los clanes de Igktar en la ribera del río Dum; cuando salvó a sus compañeros de una emboscada entre los bosques de Tierras Altas; o cuando había sido nombrado soldado del rey por sus grandes méritos en la captura de un espía de los ejércitos rebeldes de Angtar. Pero todo eso terminó cuando fue enviado a las tierras del oeste. El Nuevo Mundo hallado hacía tanto tiempo se encontraba en problemas, y se necesitaban soldados para hacer retroceder a los pueblos que todavía se resistían ante los ataques del Imperio. Pasaron meses y meses sin conocer nada de Sorth. Mientras, Wolth comenzó a comprender todo lo que le rodeaba. Hasta que un día la noticia llegó hasta sus padres en forma de espada. Aquella espada había sido lo último que quedaba de Sorth.

Recordaba perfectamente ese día. Pero poco o nada de esos tiempos pasados. Sin embargo, ese momento, el momento en el que su padre contiene el llanto hasta desfigurar su rostro, donde su madre grita de dolor y tristeza para abrazar a su padre, quien mantiene el gesto, pero no las lágrimas, eso había quedado marcado a fuego en su memoria.

Nada más llegó aquel soldado a casa, llevando en sus brazos aquel manto cubriendo un objeto alargado. No sabía cómo, pero no hacía falta que le dijeran que su hermano había muerto. Entonces se escondió detrás de la puerta de la habitación en la que se adentraron sus padres y el soldado, y aquella sensación se transformó en realidad.

Al parecer las legiones que lideraba su hermano se habían adentrado en terreno enemigo para avanzar su conquista sobre aquellas tierras. Al cabo de un tiempo de no recibir noticias sobre ellos decidieron mandar gente para comprobar qué había ocurrido. Cuando llegaron a lo que había sido el campamento de sus ejércitos, no encontraron más que restos carbonizados, y entre ellos cuerpos sin vida. Aun así, no había ni siquiera una pequeña parte de lo que había sido ese ejército. Y una de las pocas cosas que identificaron y pudieron rescatar de aquel final tan desconcertante fue la espada.

Wolth no lloró, ni se lamentó, no sintió siquiera pena al conocer que su hermano había muerto. Porque en aquel entonces no entendía lo que era la muerte, pero aun así aquel recuerdo se grabó en su mente. Y cuando ya fue capaz de comprender lo que significaba aquello, no había día en el que, durante la noche, en la oscuridad de su habitación, tratando de coger el sueño, escuchaba y veía por esa puerta entreabierta la sombra que había extendido la muerte de su hermano sobre sus padres. Por eso aquella espada era como un imán para él. Su hermano era una persona poderosa y querida que pereció prematuramente durante la batalla. Y como un deseo progresivo que se fue reafirmando a medida que crecía, Wolth quiso conseguir aquel poder que un día tuvo su hermano y le fue arrebatado.

Sin embargo, aquella espada era la única cosa que no había podido conseguir. Soldado, capitán, teniente, general y finalmente, virrey; el máximo cargo al que podía aspirar un ediam. Pero su padre se había negado siempre a entregarle aquella espada, la cual ahora residía delante de su mesa. Brillaba como si nunca hubiera sido mancillada, siempre encima de la chimenea.

Wolth se acercó, lento y cauteloso. No olvidaba donde estaba y porque había aparecido allí, pero aun así sus sentidos obviaron los ruidos exteriores y se fijaron en aquella funda. Cuando sus dedos tocaron la fina plata que cubría la espada, sus yemas dieron cuenta de su tacto liso y fino, además del frío propio del acero. Y mientras Wolth pasaba las yemas poco a poco, de arriba abajo, notó una especie de irregularidades. Eran sutiles, prácticamente etéreas. Nadie aparte de él hubiera podido reconocer aquel detalle. Repasó con sus dos manos la funda. Efectivamente, allí había algo tallado. Intentó ver que era, pero, aunque sus manos podían sentir los pequeños surcos, sus ojos eran incapaces de diferenciar nada. Entonces, entre los hilos de la tienda llegó una luz, seguida por un estallido de gritos. La tierra tembló y Wolth tuvo que cogerse a la mesa para no caer. Un silencio de apenas un segundo se adueñó del aire justo después de aquel estallido, y de pronto, el sonido de un cuerno apareció. Wolth, sin pensar más, cogió la espada y la ató al cinto. Y pensando que aquello solo era un artificio de la voz de la misma muerte, apartó las telas de la entrada de la tienda. Un grupo de soldados pasaba por delante de él, corriendo tanto como podían mientras veía a otros que huían con la cara descompuesta. Justo en ese momento pasó por su lado uno de ellos, con una armadura antigua de los ejércitos de Deriamdur, donde el sol del Único estaba grabado en cada parte de la armadura. Era un muchacho joven cuyo rostro estaba empapado en sangre, y parecía no tener suficiente aliento para hablar.

Wolth lo había detenido, cogiéndolo por el hombro mientras corría, haciendo que el soldado cayera.

—¿Dónde estamos? —le preguntó con rudeza, buscando una respuesta rápida.

El soldado le miró con gesto de miedo y extrañeza. Estaba claro que no sabía qué responderle.

—Es uno de ellos —dijo el soldado prácticamente en un murmullo, con la mirada perdida entre los ojos de Wolth—. Es uno de ellos, uno de ellos, ... —Entonces el muchacho se levantó y puso

sus manos sobre las mejillas de Wolth—. ¡Es uno de ellos! —gritó mientras le sacudía la cabeza. Wolth no podía esconder los rasgos de miedo y sorpresa que albergaba dentro de sí. De pronto, sobre los ojos de aquel muchacho vestido para la guerra asomaron lágrimas que se deslizaron hasta resbalar por su barbilla y caer sobre el suelo—. Él está muerto, y a nosotros nos falta poco —acabó sollozando.

La pregunta que le hiciera, sin embargo, seguía sin responderse. Pero sabiendo que la situación de aquella persona no era la mejor para poder responder más que cosas sencillas, solo realizó una pregunta:

—¿A quién te refieres con uno de ellos?

—Un nigromante —contestó el soldado con toda la celeridad que pudo.

Wolth apartó las manos de aquel hombre de su rostro, sacó la espada de su funda, y con el muchacho contemplando la escena como quien no tiene mente ni para respirar, vio como la espada se adentraba en su estómago.

La espada se hundió todo lo que pudo, traspasando los órganos, rasgando la carne y las venas hasta atravesar todo el cuerpo y volver a respirar. El chico emitió un ligero gemido en el que se concentraban el dolor, la duda, la vergüenza y la tranquilidad que sabía tendría cuando aquello hubiera terminado.

Wolth se acercó a su oído y susurró unas palabras:

—Del campo de batalla no se huye, muchacho.

Apretó la espada con toda la fuerza que pudo hasta clavar el pomo en el estómago. Entonces sintió como la sangre brotaba mojando su mano y la figura tallada que sujetaba con ella.

El soldado volvió a gemir, esta vez más fuerte. La sangre se le acumulaba en la boca y los ojos iban perdiendo el brillo. Wolth extrajo la espada con rapidez. El soldado se había conseguido quedar de pie mientras agonizaba, lo que disgustó mucho a Wolth. Así que con un dedo lo empujó hacia atrás, haciendo que cayera como el árbol tallado en el bosque con la vida arrancada por su tronco.

El soldado aguantó apenas unos segundos hasta que allí no quedó más que un cuerpo exánime. Wolph levantó la espada delante de su rostro. Las llamas que se esparcían en el campamento se reflejaban sobre la hoja.

—Así que esta era tu espada. No puedo negar que tu gusto por los aceros era exquisito, hermano.

Los gritos seguían rodeándole, pero a medida que pasaba el tiempo parecían reducirse. No pasaban soldados cerca de él. Pero podía ver como a lo lejos el clamor de las espadas y escudos se levantaba como el cantar de los pájaros por las mañanas. Ese momento le recordó a cuando no hacía mucho había podido ver con sus ojos aquella llanura sobre la montaña, llena de gente extraña y criaturas que aun entonces le sería complicado describir.

Se dio la vuelta y avanzó hacia donde nacía el fuego.

—¡Cubrid el flanco izquierdo! ¡La colina les da ventaja, procurad soportar sus embestidas! —gritaba una voz entre los guerreros que veía.

Por fin había llegado al lugar de donde procedía todo el alboroto. Parecía una batalla entre dos ejércitos a punto de entrar en liza. Estaba detrás de varias filas de soldados que formaban una muralla de escudos, impidiéndole la visión del campo que se extendía delante de él. Decidido a conocer lo que allí ocurría, cogió un escudo de los que había tirados por el suelo y se metió entre los soldados que formaban el muro.

Tuvo que golpear y empujar durante un buen rato, llevándose insultos y empujones que le hacían difícil mantener aquella lucha por avanzar. Trataba de ordenar que le dejaran vía libre, pero aquellos guerreros no parecían escucharle, solo estaban fijos en lo que tenían delante. Únicamente reaccionaban a las sacudidas que se llevaban cuando intentaba abrirse paso.

Al llegar cerca de las primeras líneas pudo ver mejor lo que había tras las lanzas, escudos y espadas; y también tras el fuego. Porque lo que tenía delante era una fila de fuego que separaba a aquellos dos ejércitos. Y, sobre todo, en el terreno que se extendía

ante sus ojos había muchos cuerpos; cadáveres que se repartían por todo el campo de batalla. Pero no todos eran del mismo bando, no. Eso era fácil de reconocer. Simplemente había que fijarse en que muchas de aquellas personas, hombres y mujeres, cuyos cuerpos yacían inertes sobre el campo de batalla, estaban desnudos. Y eso era lo que había enfrente de él, un gran ejército de personas desnudas. Sus cuerpos parecían bailar debido al calor de las llamas que había entre ellos y Wolth.

Sin embargo, delante de aquella hueste de cuerpos libres de vestimenta, se levantaba una figura. Un cuerpo del cual no llegaba a distinguir bien su rostro. De estatura media y delgada, aquella efigie parecía controlar a su antojo lo que estaba ocurriendo allí.

—¡No tengáis miedo de ellos! ¡No son más que criaturas abyectas! ¡Recordad que el Único las desprecia, y por eso estará con nosotros! —gritó de nuevo la misma voz que había escuchado dar las órdenes.

Wolth siguió la voz y miró a su izquierda.

Delante de todas las filas de soldados se mostraba una figura alta y de hombros anchos. En su mano sujetaba una espada muy parecida a la que tenía Wolth. Tan y tan parecida que tenía que ser la misma. El pomo recogía la luz de las llamas, y esta se desplegaba por todo el filo que Wolth había visto reflejado en sangre. Aquella espada también estaba llena de sangre, pero no parecía ser una sangre común, sino una sangre con un tono más oscuro, más fuerte. Nada de la espada parecía humano.

El hombre continuaba gritando y animando a su ejército mientras seguía apuntando a la hueste contraria.

—¡El filo de nuestras espadas puede adentrarse entre sus cuerpos, hechos para ser erradicados! ¡No son más que animales!

Entonces, el hombre se giró hacia el lado en el que Wolth guardaba filas, dejando expuesto todo su rostro. A pesar de todas las cicatrices que había en ella, Wolth reconoció a su hermano. De los recuerdos de su infancia no podía extraer nada de la fisionomía de Sorth, pero el parecido más que notable a su padre le delataba. Sin

embargo, siendo aun la viva imagen de su padre joven y sano, en su rostro lucía una quemadura sobre el lado izquierdo. Y según pudo ver Wolph, aquella parte de su cara estaba vacía; sin cejas, ojos ni piel. No quedaba más que una masa de carne pegada a los huesos. No llevaba nada que le tapara el ojo, y por eso se podía ver el vacío del globo ocular.

Aquel vacío provocaba en cada persona que hablaba con ese hombre una especie de temor nacido en forma de escalofrío. Nadie podía evitar que su primera impresión quedara marcada por el ojo vacío, ni tan solo Wolph.

Aprisionado entre las filas de hombres que levantaban el escudo y las armas, dispuestos a llevar, al parecer, el último aliento a la batalla, Wolph solo pudo pensar en una cosa: *¿Quién puede haberle causado esa herida? ¿Cómo habría reaccionado padre ante el rostro que ahora se yergue ante mí?*

Wolph vio como la mirada de Sorth se posaba sobre él. Durante un segundo parecía que lo había visto, entendiendo quién era, pero poco o nada duró aquella sensación. Justo detrás de las llamas, la sombra que no pudo reconocer pareció moverse. Extendía los brazos, uno hacía arriba y otro hacia abajo. De pronto, ante ese acontecimiento, todo quedó en silencio; incluso su hermano abandonó los desnudos por arengar a su ejército para atender los actos de aquella figura.

En ese silencio, donde solo podía escuchar el crepitar del fuego sobre la hierba y las exhalaciones de los soldados a su alrededor, pudo sentir de nuevo lo que era la guerra, lo que significaba el estar en medio de una batalla: el olor a alcohol y a sangre, los gritos de dolor y de rabia, los sollozos de miedo y los gritos que se daban para tratar de esconderlo y, sobre todo, la vergüenza. La idea de la guerra parecía lejana cuando no se está dentro de una de ellas, pero una vez allí podías darte cuenta de lo poco que valía tu vida. Pocas personas podían llevar sobre sus hombros aquella carga sin perder la cabeza.

Sin querer, un pensamiento cruzó su mente. Un recuerdo que creía haber escondido muy dentro de él. No solo suyo. Solo había

conocido una persona hecha para todo aquello, y en esos instantes estaría lejos, con aquella niña. Todo él se convertía en muerte una vez la batalla daba comienzo, pero aquel día fue demasiado.

La luz del fuego creció, haciendo que Wolth volviera a poner su atención en el campo de batalla. La figura hacía movimientos rotando sus brazos de manera que ahora unía sus manos palma contra palma en direcciones enfrentadas. Parecía dejar un hueco entre estas, y dentro de él parecía emerger una luz, blanca y enceguecedora. Los allí presentes trataron de taparse los ojos.

El fuego comenzó a descender de intensidad de nuevo, para luego moverse sobre el aire. Como si de una cuerda se tratara, el fuego adoptó la forma de una puerta. La figura avanzó poco a poco hacia aquella especie de entrada. A su vez, todo el ejército que tenía detrás también se movió, acompasando sus pasos.

Ahora Wolth pudo ver mejor lo que dominaba aquel espectáculo de luz y color. La luz blanca descendió de intensidad, y detrás de la puerta de fuego apareció algo que nunca había visto. Parecía una persona, pero habría apostado su vida a que no lo era.

Vestía una túnica y pantalones de cuero oscuros, acompañados de unas botas. Y su rostro era extraño. Sobre su cabeza lucía un cabello de colores variados que parecía formar una corona, de su cara nacían dos especies de astillas largas donde deberían estar sus orejas, tenía unos ojos felinos y sus manos eran demasiado simiescas. Todos los demás rasgos parecían totalmente humanos, pero había algo más que lo hacía totalmente diferente a las personas que le rodeaban.

La luz que acumulaba sobre sus manos crecía de tamaño, pero no de intensidad, hasta que las abrió en un movimiento rápido y energético, dejando que aquella fuente de luz se esparciera sobre el cielo.

—¡Por el Imperio!

La voz era la de su hermano. La batalla daba comienzo y los dos ejércitos comenzaron a correr sobre la hierba. Mientras, aquella figura seguía quieta, con los ojos clavados en las luces que se desperdigaban encima suya.

Wolth continuaba quieto, recibiendo empujones y codazos de los hombres que seguían la hueste que ahora se lanzaba sobre sus enemigos. Vio como estos también corrían, con el cuerpo libre, sin más protección que su piel. Esa batalla no tendría ningún sentido a menos que las personas que ahora cargaban desnudas y sin armas fueran algo más que humanas.

Amlads.

Los cuerpos no tardaron en cambiar sus respectivas formas. Ahora cientos y cientos de animales se lanzaban en carrera, volando o deslizándose sobre el campo de batalla. Cuando los soldados humanos llegaron a la altura de la figura que comandaba al ejército enemigo, esta movió sus manos hacia su pecho, golpeándose a la vez que cerraba los puños. Las luces comenzaron a caer del cielo como si de las mismas estrellas se tratara.

Wolth vio como las luces golpeaban a los hombres en la vanguardia. Muchos de ellos cayeron, otros solo recibieron heridas o golpes sobre sus escudos. No había que ser versado en aquellas artes para entender que aquellas luces se habían convertido en una especie de flechas.

Él se encontraba justo detrás de todo aquello, pero aun podía ver como los ejércitos chocaban como dos ríos que se encuentran en el mismo cauce. Los sonidos de batalla, gritos, espadas, escudos, carne cortada... todo estaba ocurriendo de nuevo, delante de él. El que fuera su hermano estaba dentro de aquella tela de araña que supone entrar en plena pelea. Sin embargo, Wolth estaba detrás, en zona segura, donde nada podía ocurrir.

Dentro de él había algo de miedo, porque, aunque sabía que todo aquello podía no ser real, tampoco quería tirar los dados entrando en plena carnicería. Pero debía haber algún motivo por el que Und le había mandado allí. Alguna razón por la que podía ser necesario que Wolth presenciara los hechos acaecidos en ese lugar.

Así que, finalmente, apretó el pomo de la espada y comenzó a avanzar. Con la sangre ya pegada al filo y en sus manos, venció el temor que suponía entrar en la misma locura. En ese momento lo supo:

Tengo que ver de cerca a mi hermano. Debo saber por qué llevo su espada.

Lo que antes había sido un grupo ordenado de soldados con el que entrar a una batalla, ahora no era más que desconcierto. Parecía haber un reducto que había conseguido mantener la posición, pero el flanco izquierdo se había roto, dejando a todos los soldados expuestos a una batalla cuerpo a cuerpo, lo que les dejaba en clara desventaja.

—¡Aguantad! —gritó una voz que se encontraba cerca de Wolth. Parecía ser la de su hermano, pero no estaba seguro.

Wolth tenía el cuerpo embudido entre las filas de soldados que trataban de soportar los golpes y sacudidas del enemigo. Unas filas por delante de él podía ver un oso enorme que se alzaba sobre la altura de todos los que le enfrentaban. Aquel animal gruñía mostrando todos sus dientes a la vez que trataba de arrastrar con sus zarpas a los que guardaban el frente. Desde el cielo también llegaban aves que caían con sus garras sobre los soldados, golpeando su armadura y encontrando de vez en cuando carne que desgarrar. Los graznidos se intensificaron cuando ya los vieron justo encima de ellos. Wolth se agachó antes de que aquellos pájaros, a los cuales no conseguía identificar, se llevaran trozos de su cara.

Pronto caerán. Es imposible que soporten ataques como estos sin nada más que este ejército.

En ese momento se dio cuenta de que el tiempo se agotaba. Aquel contingente no duraría mucho guardando la formación, y luego apenas podrían aguantar unos minutos peleando. Así que volvió a abrirse paso a codazos hacia su izquierda en busca de su hermano.

Mientras golpeaba con su codo el estómago de uno de los soldados para poder avanzar, el muro de escudos se rompió por el otro lado. Lo que parecía ser un lobo pasó muy cerca de donde estaba él, lanzando a varios hombres al suelo para luego arrancarles la carne del cuello a mordiscos.

Uno de los soldados que tenía al lado le propinó un golpe justo en la corva, haciendo que no pudiera evitar la caída. Se golpeó la

cara contra el suelo casi sin poder poner las manos. El golpe le aturdió, haciendo que sus oídos solo pudieran captar un pitido además de un murmullo de fondo. Apoyó las manos y trató de levantarse lo más rápido posible.

En plena batalla, si sufrías una caída era muy probable que no pudieras evitar las pisadas y golpes, dejándote a merced del primer enemigo que te viera con vida, eso bien lo sabía Wolth.

Notaba la sangre. Su boca la recibía provocándole el tan conocido gusto amargo y metálico. Sentía calor en la parte izquierda de su cara, justo por encima del ojo; y pronto notó como la sangre le caía sobre las pestañas. Trató de aclararse la visión de aquel ojo por el momento, luego volvió a intentar levantarse.

Su mano derecha, en el apoyo contra el suelo, sintió una superficie escamosa que parecía moverse. Cuando se dio la vuelta para distinguir qué era aquello, tenía delante una serpiente. Con su lengua bífida, la mirada pétrea y membranas en su cabeza que se abrían en forma de abanico dándole un toque más amenazante, apenas tuvo tiempo de ver como se lanzaba a su cuello. Sabiendo que no tendría tiempo de esquivar el ataque, cerró los ojos y se apartó tanto como pudo.

Al volver a abrirlos no tenía nada mordiendo su cuello, delante de él no había más que la cabeza de una serpiente separada de su cuerpo que yacía sin vida sobre la hierba.

Cuando alzó la mirada, vio la tez del que fuera su hermano. No tuvo tiempo de fijarse mucho en su rostro.

—¡Levanta, no hay tiempo para dar gracias por esto! —gritó su hermano levantado la voz sobre los gritos que les rodeaban mientras le ofrecía la mano para ayudarlo a levantarse.

La cicatriz que lucía en la parte izquierda de su rostro era horrorosa. Daba una sensación de pena y asco simultáneas que podía convertirse en miedo en alguna que otra situación; y esa era una de ellas.

Sorth recogió a Wolth del suelo con su brazo. Wolth pudo ver en ese momento que su hermano parecía tener una fuerza fuera

de lo común. Le había levantado con la armadura y la espada, sin esfuerzo aparente.

Impresionante.

Aquel pensamiento fue fugaz. Ya que una vez de pie, Sorth pudo ver mejor el rostro de Wolth, y aunque este nunca lo supo, Sorth vio la viva imagen de su padre. Quedó durante unos segundos anonadado ante la presencia de ese hombre en sus filas que tanto le recordaba a su lejano padre. No recordaba haberlo visto nunca; y estaba seguro de que conocía a todo su ejército.

De pronto, Wolth vio cómo se acercaba un felino enorme por detrás de su hermano. Este interpretó de manera adecuada los ojos de Wolth, dando un paso hacia su lado y cogiendo la espada con sus dos manos mientras la apretaba contra su costado.

Wolth se lanzó a un lado justo cuando aquel animal se lanzaba sobre ellos, pero antes de que pudiera acercarse a ninguno de los dos, Sorth ensartó su filo en el cuello del felino, matándolo al instante. Sus movimientos habían sido precisos y ágiles, sincronizando cada extremidad de su cuerpo formando una armonía que finalizaba con la muerte. Aquello tenía incluso más mérito con solo la visión de un ojo.

Los dos empezaron a pelear hombro con hombro, acumulando cuerpos de animales muertos a su alrededor. No se miraban, solo escuchaban los movimientos de sus cuerpos sobre la tierra y como el filo de las espadas penetraba la carne.

El viento comenzó a levantarse. Todo se detuvo, los animales parecían retroceder. El aullido de los lobos penetró entre aquel viento que ocupaba todo el espacio. Entonces la fuerza que se ejercía sobre ellos aumentó de manera que les fue imposible oponerse. Como si de un empujón se tratara, todos los soldados que quedaban en pie salieron volando. Wolth también fue víctima de aquella fuerza, desplazándole varios metros hacia atrás y provocándole una caída muy dolorosa.

Había apoyado el brazo al caer de manera que un dolor terrible se apoderó de él. Cuando le echó una mirada, vio como su

posición no resultaba muy halagüeña. Se veía rodeado por todos los demás humanos que habían estado combatiendo a los Amlads, pero él quería ver a uno en concreto. Y cuando su mirada escrutó todos los rostros de dolor y los cuerpos de los que habían muerto, viró su vista al frente, justo donde había estado él antes.

Allí estaba, atado por lo que parecían ser plantas que habían nacido del suelo. De pie, con las manos extendidas y su espada aún sujeta, Sorth gritaba y hacía fuerza para intentar liberarse de aquellas ataduras. Forcejeaba todo lo que podía, haciendo que las enredaderas se movieran, como si trataran de sujetarlo, como si estuvieran vivas; vivas como si entendieran todo lo que ocurría.

Sobre la mano derecha de Sorth las plantas parecían contraerse. Wolth podía sentir de alguna manera como las mismas plantas querían que su hermano soltara la espada. Se podía ver como la mano se volvía más y más pálida a medida que los tallos rodeados de espinas se cerraban en torno a la carne. La sangre fluía sobre su piel y el dolor penetraba en Sorth venciendo su voluntad. La espada cayó sobre la hierba.

Wolth notó calor sobre su mano, que todavía sostenía la espada de manera sorprendente. A los pocos segundos, el calor creció de una manera exponencial, quemándole partes de la palma de su mano. Las dos espadas tocaron el suelo, pero una de ellas se convirtió en ceniza. Sorth veía como aquella arma que tanto había blandido desaparecía delante de él.

La figura que antes se había mostrado creando la luz cegadora, ahora estaba delante de Sorth. Wolth pudo ver como de sus brazos nacían inscripciones que llegaban hasta su mano.

Estaba agachado delante de su hermano, con una rodilla en el suelo, los ojos cerrados y la mano izquierda sobre la tierra. Cuando la espada cayó, abrió los ojos, se levantó y se aproximó al hombre que ahora estaba cautivo.

Ninguno de los soldados que quedaban vivos se movía, todos miraban fijamente la situación. El viento se había detenido hasta establecerse en la inmovilidad excesiva. Todo parecía demasiado

quieto, los músculos de todos los allí presentes se mostraban agarrados y podían sentir incluso el latido de su propio corazón retumbando en sus orejas.

Aquella figura la que no podía otorgar nombre se acercó con parsimonia hacia Sorth. Sus pies parecían flotar más que pisar las hierbas y la tierra que había sobre ellos. Se acercó hasta estar muy cerca, separando sus rostros por un espacio insignificante. Sus ojos mostraban un color extraño, un marrón tan oscuro que casi se convertía en negro, afilando así su mirada.

—Mucho has tardado en aparecer, Garead —dijo Sorth. La voz que antes parecía la llamada de un cuerno para la batalla, ahora se había quedado en un simple susurro.

Garead, las vidas que intentan boicotear la llegada del Único a las tierras del Imperio, pensó Wolth mientras recordaba la de veces que le había tocado escuchar aquellas palabras en los discursos del Cander Voldga en la ciudad de Gladiel. Aquel era uno de los nombres malditos que se le otorgaba a espectros que habitan las tierras de Deriamdur, esparciendo el mal y retrasando la llegada del Único.

En los labios de aquella criatura asomó una sonrisa.

—Tiempo que pasé esperando hasta enfrentar a los que fueron manchados por las huellas de la codicia —respondió este con una voz grave y profunda.

Su hermano también comenzó a reírse de manera sutil. Parecía aceptar que no le quedaba mucho más tiempo de vida.

—¿Tardarás mucho, nigromante? —dijo Sorth.

Entonces Wolth entendió que aquella vida era una de las que antaño consiguieran derrocar incluso a los mismos Ren. Pero... Und estaba todavía viva, por lo que ya nada de aquella historia tenía sentido.

De todas formas, tendrá un poder comparable al de los Ren. Quizás es uno de ellos. Y mientras pensó en el porqué de su presencia en aquel lugar. ¿Me ha mandado Und para que viera esto? ¿Quería que yo sintiera las ganas de vengar a mi hermano a causa de su muerte a manos de un nigromante?

Y mientras Wolph se preguntaba todo esto, el nigromante habló:

—No todos los que ves delante de ti buscamos lo que pretendes creer de nosotros. No somos tan diferentes a los soldados que tienes ahí detrás. Ninguno de nosotros quiere morir, ni matar. Lo único que buscamos y buscábamos es vivir en paz. Los días se hacen cada vez más cortos para el placer de vuestros amos, pero me temo que pronto la sangre que se derramará será más abundante.

Y cuando acabó de decir esto, miró a su alrededor. Poniendo atención sobre los cadáveres que había esparcidos por el suelo.

—Fíjate —siguió diciendo el nigromante—. ¿Esto es lo que quieres? ¿Lo que buscas con tanta avidez? Muerte que arrastra tras de sí las vidas de los que conocías, en los que confiabas, a los que amabas... ¿Merece la pena?

Sorth tenía la cabeza agachada y no parecía responder a las palabras del nigromante. Durante unos minutos no hubo más que silencio acompañado por algún gemido de dolor de algunos de los heridos, o el siseo del viento. Una carcajada leve emergió del cuerpo atrapado. Con los ojos cerrados y una sonrisa en su boca, Sorth se reía débilmente. Una risa que llevaba connotaciones de soberbia y despreocupación; como sintiéndose superior incluso cuando la muerte llamaba a su puerta.

—¿Te ríes de la muerte de tus hombres? —preguntó el nigromante.

Sorth irguió la cabeza y posó su mirada en la de la figura que tenía delante.

—¿Qué hacer sino? ¿Llorar? Son soldados, saben a lo que se someten —respondió Sorth.

La mayoría de las personas que se alistan al ejército lo hacen para poder tener al menos una comida al día además de un sitio para dormir. Eso lo sabes tan bien como yo, hermano. Muy pocos luchan por lo que tú lo haces, pensó Wolph mientras seguía atento aquella conversación.

—Veo en tus ojos que hay parte de creencia en las palabras que acabas de pronunciar, pero temo que dentro de ti sabes que la verdad es bien diferente. Vosotros, gente del este, llegasteis a estas

tierras como viajeros perdidos, sin rumbo ni puerto donde amarrar, y hoy consideráis que nosotros no podemos habitar las tierras que nuestros antepasados cultivaron. Por vuestra fe, por vuestra salvación. Una pena... —El nigromante desvió la mirada, repasando a todos los soldados detrás de Sorth—. Pero creo que, muy a mi pesar, las cosas se recrudecerán dentro de poco. Nadie en la guerra que está por venir tendrá clara la razón por la que mata o muere.

Y una vez dijo estas palabras, levantó el brazo hasta poner la mano a la altura de su propio rostro mientras descubría todo el antebrazo lleno de marcas y dibujos. Entonces compuso una sonrisa al ver una de esas marcas. Sorth seguía sus movimientos con atención.

—¿Crees en la muerte? —preguntó el nigromante.

Sorth estaba inmóvil, solo su iris podía desplazarse levemente. Trataba de aparentar serenidad ante aquel momento, pero todos sus músculos estaban agarrotados.

—Responde —ordenó el nigromante.

Según las sagradas escrituras, los libros de *Posdario*, escritos por los tres emisarios del Único, la muerte solo era ese último paso para poder formar parte de la estructura que un día se haría realidad sobre la vida de este mundo. Wolth lo sabía bien, y entendía que aquella pregunta no era solo por diversión. Creía ver una duda verdadera sobre aquel nigromante.

—Vida no hay más que una, imbécil. Los que vivimos el hoy tenemos que hacer lo que esté en nuestra mano para dejar paso a nuestros hijos, luchando para que un día, el Único decida aparecer y hacer del mundo un paraíso en el que no faltará nada. Por eso puedo aceptar mi muerte, para que los que llegan después de mí puedan vivir en paz —dijo Sorth para luego escupir sobre el rostro del nigromante.

Cuando recibió el salivazo en la mejilla, el nigromante continuaba con su mano levantada. Pasó las yemas de sus dedos, limpiándose. Luego restregó aquel líquido que había salido de la boca de Sorth por su brazo, esparciéndolo todo para que aquel líquido

viscoso penetrara por los poros de su piel. Y ante la vista de todo el mundo, mordió su brazo, justo unos centímetros por debajo de la muñeca. Mordió fuerte, con intención de provocar sangre.

Wolth compuso un gesto de horror y miedo, no solo por aquel acto de violencia autoinfligida, sino por sus ojos, llenos de ira y odio. Era como si el mordisco se lo estuviera dando al mismo corazón de Sorth.

Un grito hizo que todo el mundo allí se estremeciera, incluso los Amlads, que ahora se mantenían unos metros por detrás del nigromante. La mayoría había vuelto a adoptar su forma humana. Sus cuerpos desnudos detrás del nigromante formaban una imagen de la que Wolth nunca hubiera pensado poder ser testigo.

Sorth gritaba y gritaba de dolor. Levantaba su cabeza al cielo dejando perder el sonido que salía de su boca. Las tres lunas miraban, como si fueran las invitadas de honor a un banquete. Wolth podía ver como el vapor se diseminaba detrás de aquellos gritos. La mandíbula parecía desencajársele, y su cuerpo forcejeaba con aquello que lo tenía cautivo. Tanto parecía su dolor, que la experiencia vicaria que aquella visión proporcionaba a Wolth casi le hacía creer que él mismo estaba siendo sometido a aquella tortura.

Pero, sin embargo, cuando mirabas al nigromante, no veías más que la imagen de un loco mordiendo su propio brazo con tanta fuerza como le era posible. Cuando sus dientes soltaron su carne, los gritos de Sorth se apagaron poco a poco, dejando tras de sí la sombra de lo que antes había sido una persona.

—¿Por cuánto tiempo podrás soportar esto?

Wolth se giró de pronto, con miedo. Al no ver a nadie, supo que era ella.

—Volverá a hacerlo.

—No —respondió Wolth con la vista en el suelo, mirando de reojo la espada que tenía en su mano. No sabía cómo, pero había vuelto a aparecer en su mano, sujetándola tan fuerte como podía con sus dedos.

—Era tu hermano, Wolth.

—No le conocí. Era débil.

—¿Débil? ¿Has dirigido tu mirada alguna vez a un espejo para ver detrás de aquella imagen la idea de un dios? Siento decirte que tú también lo eres. Y si nos ayudas, puedes dejar de serlo.

El grito volvió a reanudarse. El nigromante mordía y Sorth gritaba.

Wolth no lo pudo soportar más, era como si aquellos gritos salieran de él mismo. Se levantó con espada en mano y corrió hacia su hermano, gritando, expulsando la ira que le producía ver esa escena.

Solo, entre la hierba, corriendo sin miradas sobre él. Y cuando ya parecía acercarse, los ojos felinos se hundieron sobre él. Delante de Wolth apareció una sombra, una sombra cuyo rostro conocía. Detuvo su cuerpo en ese instante, no había nada más delante de él que aquella persona.

—¿Rozanc? —musitó Wolth, como si le hubiera costado una vida traer de vuelta aquel nombre.

Los dos estaban inmóviles, escrutando el rostro del otro. Sin dudarlo, hundió la espada en el cuerpo de su viejo amigo. Se acercó a él, sintiendo su aliento en el cuello hasta que todo desapareció, dejando únicamente un rastro de sangre.

